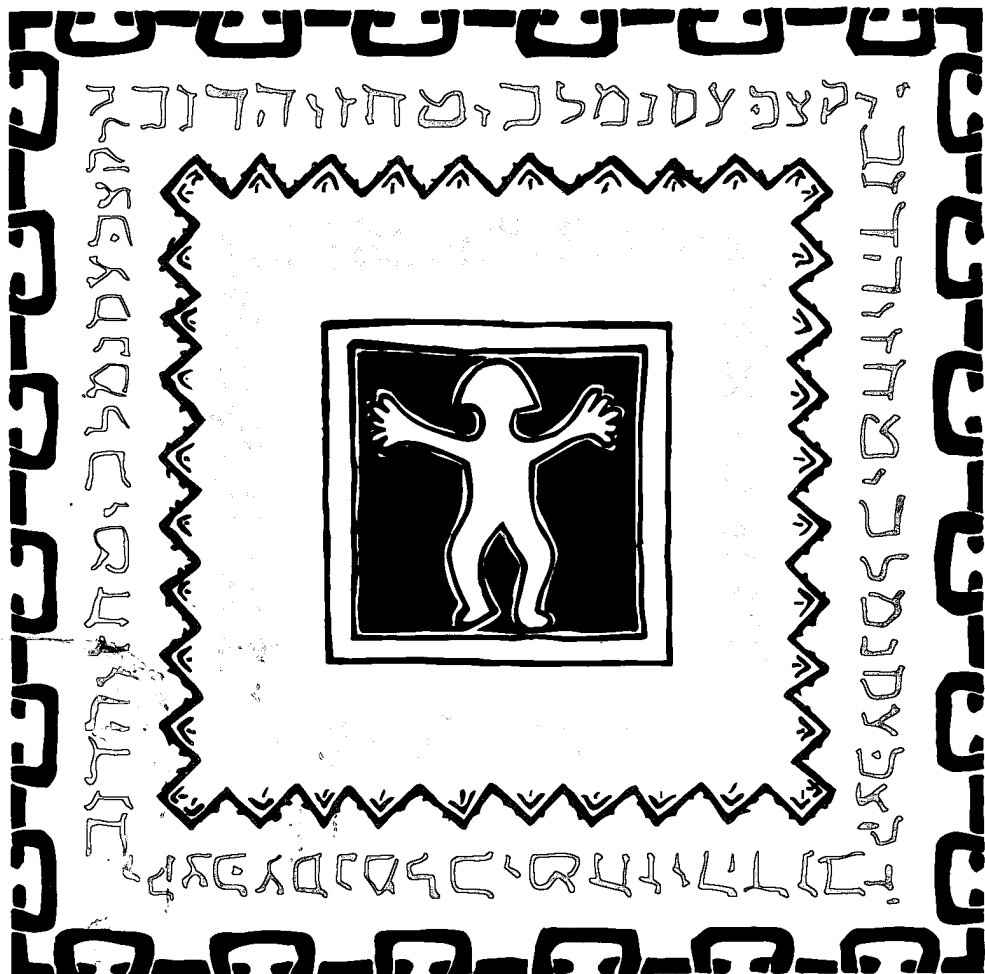


Antonio Duplá, Piedad Frías e Iban Zaldúa (eds.)

OCCIDENTE Y EL OTRO: Una historia de miedo y rechazo



Edita

Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño y Maquetación

Centro de Diseño del Ayuntamiento de Vitoria-Gasteiz

Diseño de portada

Silvia Martín

Imprime

Gráficas Santamaría, S.A. - Bekolarra, 4

Depósito Legal: VI- 86/96

I.S.B.N. 84-87645-47-X

El tráfico de esclavos en la edad moderna: destrucción de un mundo, raíces de un conflicto

Iban Zaldúa

(Dpto. de Historia e Instituciones Económicas, UPV/EHU)

Introducción

Desde el siglo XVI en adelante miles de esclavos negros fueron capturados en África y trasladados a América. Se trata de una de las mayores tragedias de la historia, unida –no por casualidad– a otra como fue la conquista de las Américas. Por una parte es una muestra de cómo creció Europa y cómo se convirtió, a partir de esta época, en la región hegemónica a nivel global. Por otra parte, este traslado forzoso ha tenido consecuencias importantes en la formación de las sociedades americanas contemporáneas, sea porque se han creado sociedades mestizas o porque en ellas el componente negro o afroamericano tiene gran importancia: los ejemplos de Cuba, Brasil o los Estados Unidos deberían ser suficientes. El que, a lo largo de cuatro siglos, la trata trasladara forzosamente a América entre un mínimo de 11.000.000 y un máximo de 30.000.000 de esclavos africanos¹ (a los que hay que añadir los muertos durante la captura y las travesías, con lo que la cifra podría elevarse más) es un hecho que ha marcado la historia de las tierras de origen, siendo uno de los factores de su subdesarrollo actual; pero también la de los países receptores, en el terreno de lo económico, de lo social, de lo político y de lo cultural. ¿Tiene interés hablar de todo esto desde el mundo de hoy? Yo creo que lo tiene, y principalmente por dos razones. Por una parte, porque este proceso “migratorio”, aunque fuera de carácter compulsivo, obligado, abre la era de las migraciones masivas y a gran distancia, tales como la emigración europea del XIX y principios del XX hacia las Américas, o las migraciones que desde el Tercer Mundo se dan hoy mismo hacia el mundo llamado “desarrollado”. Y, por otra parte, porque es un hecho problemático en sus orígenes y que ha traído consecuencias problemáticas hasta hoy mismo.

Esta exposición se divide en varios apartados. Primero trataré el tema de la trata atlántica en su período clásico, una época que podríamos datar entre 1450 y mediados del siglo XIX, situando sus causas, y explicaré las consecuencias en cada región afectada: África y América, sobre todo, pero también Europa; luego hablaré de la abolición y de la emancipación, sus causas y lo que supuso. Finalizaré comentando las implicaciones del problema racial en relación con la trata.

La trata atlántica (siglos XV-XIX)

A partir del siglo XV podemos hablar del comienzo de la formación de una economía mundial integrada en torno a un centro formado primeramente por Europa, al que más tarde se añaden algunas de sus posesiones o ex-colonias de Ultramar. Esto no quiere decir que anteriormente no se produjeran contactos entre las distintas regiones del globo, incluso entre algunas muy alejadas entre sí, ni que éstas carecieran de influencia; de hecho sí la tenían. Pero a partir de ahora estos contactos van a ser cada vez más estrechos y, sobre todo, van a ser de muy distinto carácter: frente a una realidad más multipolar, con muchos centros económicos y de influencia política y militar, Europa se erige en el Centro por excelencia y teje un sistema económico y de poder, uno de cuyos resultados será la formación de una Periferia dependiente de ese Centro, de la que detraerá, de muy diferente forma, riquezas. Este nuevo sistema mundial, esta nueva economía-mundo europea-occidental afectará primera y profundamente a América y a África y, algo menos, al principio, a Asia, donde a los europeos les costará más penetrar. Pero también tendrá consecuencias sobre otros espacios como el Este europeo, que quedará también subordinado a las economías del Centro. África, en lo que a nosotros nos toca, se convierte en un espacio destinado fundamentalmente a la reproducción de la fuerza de trabajo, aunque también será fuente de toda otra serie de productos como el oro, ciertas especias y el marfil.

Los siglos XV y XVI, sobre todo a partir de mediados del XV, son un momento de recuperación y expansión para Europa occidental, aunque también lo son para otros espacios del Mediterráneo como los pueblos norteafricanos (el reino de Marruecos y el Imperio Otomano o turco, expansión cuya imagen más conocida para nosotros sería la de la batalla de Lepanto); un auge de los mundos mediterráneos que, paradójicamente, va a terminar con la pérdida de importancia de ese espacio en beneficio de uno *nuevo*, controlado por el Occidente europeo: el Atlántico.

Una de las consecuencias de esta expansión europea ya se ha comentado en artículos anteriores: la conquista de América y el choque con las sociedades indígenas o indias. El otro espacio tremendamente afectado, incluso desde un poco antes, fue África. El empuje europeo no fue, sin embargo el único en abatirse sobre los distintos pueblos africanos. Durante el siglo XVI el avance de marroquíes y turcos afectó a los reinos negros autóctonos del sur: el reino de Marruecos fue responsable del debilitamiento y caída del imperio Songhai (1595); y los turcos consiguen desmembrar y aislar el reino cristiano del Negus de Etiopía (hacia 1570). Pero el verdadero drama para África se gestó en su costa occidental, que los portugueses comenzaron a explorar desde el

primer tercio del siglo XV. Los hitos son los siguientes: en 1420 los portugueses llegan a las islas de Madeira; en 1434 doblan el cabo Bojador; en 1437 llegan a las Azores; en 1450 arriban a la desembocadura del río Senegal; en 1456, Cabo Verde; hacia 1460 desembarcan en el Golfo de Guinea; en 1481 edifican el fuerte de El Mina, ya en la Costa de los Esclavos; en 1487 **Bartolomeu Dias** llega al Cabo de las Tormentas; en 1498, tras circunnavegar el continente, **Vasco de Gama** alcanza la meta soñada, Calicut, en la India. Al mismo tiempo que marchan hacia el sur los portugueses van instalando factorías o puestos de avanzada a lo largo de la costa africana.

Las bases y razones de esta expansión, aparte de la estratégica situación geográfica de Portugal, serían las siguientes: el propio empuje de la economía europea del momento, que había supuesto un progreso acumulativo en el campo tecnológico (sobre todo naval y militar), fundamental a la hora de comprender el dominio europeo; por otra parte, la búsqueda de metales preciosos (sobre todo oro) y especias a bajo coste: de procedencia africana y oriental, estas especias pasaban por las manos de numerosos intermediarios antes de llegar a las de los mercaderes cristianos del Mediterráneo, por lo que establecer un camino directo hasta las fuentes de estos productos era un incentivo bastante grande; además, el afán por descubrir nuevos caladeros era también de gran interés para los pescadores portugueses; y no hay que olvidar tampoco que el fin del proceso de Reconquista portugués en la Península impulsaba a nobles y soldados a nuevas aventuras guerreras.

El caso es que los navegantes portugueses, convenientemente apoyados por un Estado expansionista (no hay más que recordar la figura de **Enrique el Navegante**), exploraron la costa de Africa, conquistaron una serie de archipiélagos en el Atlántico, establecieron bases a lo largo de la costa del continente y llegaron a la fuente de las especias, a la India. Pero en Africa encontraron también algo. Dieron con especias y con algunos productos exóticos como la malagueta o la pimienta (de Benín), que, aunque considerados de no tan buena calidad como los orientales, podían venderse convenientemente en una Europa ávida de ellos; hallaron oro proveniente de las ricas minas del Africa subsahariana, cuyas rutas procuraron desviar desde sus primitivos destinos mediterráneos hacia los puertos que empezaban a controlar en la costa atlántica (el nombre de Sao Jorge da Mina, una de las ciudades-factoría de la costa, no es ninguna casualidad...); en las islas que colonizaron, como Madeira, encontraron tierra y clima propicios para cultivos exóticos como el de la caña de azúcar; y, por supuesto, encontraron esclavos. Al principio fueron llevados a Portugal como curiosidad, como forma de demostrar las maravillas africanas, y allí solían servir como domésticos, un poco siguiendo el ejemplo árabe (de hecho parece que hacia 1550 un déci-

mo de la población lisboeta estaba compuesta por negros, y también un 5% de la de Sevilla); pero también comenzaron a trasladarlos a esas islas ya mencionadas, en las que se estaba desarrollando una incipiente economía de plantación, basada sobre todo en el azúcar.

Antes de la llegada de los portugueses a las costas occidentales de África, a mediados del siglo XV, en el África negra ya existían, por supuesto, la esclavitud y la trata o el comercio de esclavos. Por un lado, las sociedades africanas con las que tropezaron los europeos de la edad moderna conocían y practicaban la esclavitud; solía existir, en ciertas comunidades, una casta o grupo de esclavos autóctonos; y también se capturaban esclavos durante las guerras. Por otro lado, había un comercio de esclavos que ligaba toda la franja del África negra al sur del Sahara con el mundo islámico del Norte desde el siglo VIII (y sobre todo desde el X), a través del desierto. Son precedentes que no podemos dejar de tener en cuenta. La entrada de los europeos trajo consigo, sin embargo, cambios cualitativos y sobre todo cuantitativos en este campo.

En todo caso, el verdadero inicio de la trata no se dio hasta después del comienzo de la conquista de América por España en 1492. Las razones son bien conocidas: los esclavos negros supusieron un aporte de mano de obra fundamental a la hora de poner en marcha las fuerzas productivas de las nuevas colonias, en peligro dada la progresiva escasez y la poca efectividad de la mano de obra autóctona: los indios fueron diezmados por la guerra, la explotación y las enfermedades; y además se encontraron con unos sistemas de vida y de trabajo que rompían radicalmente con los que habían conocido y a los que se enfrentaron de diversas maneras (trabajando poco, negándose a procrear, dejándose morir...). Desde el principio de la conquista, pese a la prohibición de emigrar hacia las Américas impuesta a judíos, conversos y musulmanes, se empezaron a llevar esclavos negros, a veces como auxiliares de las tropas conquistadoras, pero pronto, desde las primeras décadas del siglo XVI, se demandaron como mano de obra, primero en los lavaderos de oro y en las minas de metales preciosos y, más tarde, en las plantaciones. La razón principal, desde luego, fue la citada escasez de mano de obra (si en La Española—luego Haití—había a principios del siglo XVI unos 80.000 indígenas, se calcula que en 1570 había 500); hay que contar, además, con la supuesta superioridad en el trabajo (la *leyenda* decía que un negro valía por el trabajo de cuatro indios) y la mayor resistencia de los africanos a las enfermedades. Además, tuvo que ver el incipiente sistema de protección a los indios que empezó a darse con las leyes de Burgos de 1512, confirmado más tarde, tras la lucha del padre **Las Casas**, por las Leyes Nuevas de 1542: aunque no quedaban en una situación en absoluto envidiable, los indios no podían ser (en teoría) sometidos a esclavitud. Así, en sus primeros memoriales sobre la espe-

luznante situación de los indios en las islas de América, entre otros remedios **Las Casas** propone lo siguiente:

Undécimo remedio: que S. A. no tenga indios señalados ni por señalar en las comunidades ni parte alguna, porque no haya razón de corromperse, porque alegando muchos el servicio de Su Alteza, diciendo que pierde algo de su parte, o porque se le acreciente, ternán buen achaque para hacer que se trabajen más los indios de lo que será razón, por lo que a los tales cumple y porque crezcan sus provechos, y este es su celo; pero que en lugar de los indios que había de tener [en] las dichas comunidades, sustente S. A. en cada una veinte negros, o otros esclavos en las minas, de comida la que hobiere menester, y será muy mayor servicio para S. A. y ganancia, porque se cogerá mucho más oro que se cogerá teniendo doblados indios de los que había de tener en ellas.

Fray Bartolomé de las Casas,
Memorial de remedios para Indias, 1516.

O, en la misma línea:

Lo tercero [remedio], que vuestra alteza haga merced a los cristianos que agora están en las islas, que puedan tener cada uno dos esclavos negros y dos negras y no debe de haber duda de la seguridad dellos, y darse han las razones para ello.

Fray Bartolomé de las Casas,
Memorial de remedios para Indias, 1518.

Más adelante, sin embargo, su postura evolucionó y se mostró también contrario a la explotación del esclavo de origen africano.

La trata no afectó por igual a todas las zonas. En aquellos lugares donde la población indígena, aunque descendiera, seguía siendo abundante, o donde el mestizaje fue rápido, se importaron menos esclavos negros (es el caso de buena parte de México o de las zonas altas del antiguo Imperio del Perú); sin embargo en los sitios en el que el descenso demográfico fue abrupto, como en las islas antillanas, la costa caribeña o la del Brasil, la “necesidad” de esclavos negros fue temprana y el tráfico hizo de esas regiones uno de sus mercados primordiales. Los esclavos, aparte de ser destinados al servicio doméstico, fueron empleados, al principio sobre todo, en la minería del oro y de la plata; en la construcción (de caminos y fuertes, por ejemplo); en el transporte y en la agricultura, ocupación ésta que adquirirá más importancia con el transcurso del tiempo, sobre todo a partir del siglo XVII, gracias al auge de las economías de plantación, grandes consumidoras de mano de obra esclava.

Al principio fueron sobre todo los portugueses los que se encargaron de la captura o compra de los esclavos en África y de su transporte y venta en América, pese a que la mayoría de las tierras del llamado Nuevo Mundo quedaron en manos de la Monarquía Española. La razón estriba en que, en el reparto de las tierras conocidas hecho entre castellanos y portugueses a lo largo de la segunda mitad del siglo XV, con la sanción papal y el Tratado de Tordesillas, la costa africana (al sur de Canarias), es decir, lo que se conocía genéricamente como la Guinea, y todo el este, habían quedado bajo la órbita portuguesa. Así, la Corona y las instituciones comerciales españolas, hasta avanzado el siglo XVIII, apenas si tuvieron una relación directa con el comercio de esclavos, aunque lo favorecieron e impulsaron: dejaban que el trabajo lo hicieran otros por medio del asiento, especie de acuerdo con casas comerciales o países para proveer a las colonias de una determinada cantidad de esclavos; aunque entre los primeros asientos del siglo XVI podemos encontrar también a comerciantes flamencos o alemanes, desde el principio y sobre todo a partir de la unión de España y Portugal (1580), serán los portugueses los beneficiarios principales de los asientos.

Este reparto del mundo, sin embargo, no fue compartido por las demás potencias europeas, como puede suponerse (sobre todo a partir del momento en que algunas de ellas abrazaron el protestantismo, con lo que los acuerdos tomados con la mediación del Papa perdían valor). Durante el siglo XVII, aprovechando la debilidad española (una debilidad que se convirtió en decadencia), holandeses, ingleses y franceses fueron haciendo mella en el imperio luso-español, penetrando en Brasil y sobre todo en el Caribe y América del Norte, donde fundaron colonias como Jamaica, Haití, Barbados, Guayana, Luisiana, etc., pequeñas y en su mayor parte isleñas, pero a las que, a falta de los metales preciosos que habían impulsado la conquista española, encontraron pronto provecho: estoy hablando del desarrollo de las economías de plantación, un tipo de agricultura intensiva de productos tropicales como el azúcar, el café, el tabaco, el cacao, algunas plantas tintóreas como el añil, fibras vegetales como el algodón, etc., que (y éste es el punto que nos interesa) demandaban el empleo de una buena cantidad de mano de obra, una mano de obra para la que ya no eran útiles los indígenas, que habían desaparecido o habían mermado mucho en aquellas colonias. Otra consecuencia no menos importante, pero que aquí no vamos más que a mencionar, es la creación en las colonias centro y sudamericanas de unas economías agrícolas orientadas principalmente a la exportación, que se unirán a la economía minera, orientada también hacia el exterior, características que marcaron profundamente los destinos de América hasta nuestros días.

Otra consecuencia de la debilidad ibérica y de la expansión de las nuevas potencias coloniales afecta también directamente a África y a la trata, porque las costas africanas ya no van a permanecer bajo monopolio portugués, sino que son disputadas y “compartidas” por las distintas potencias coloniales. Esto es algo que ocurre a partir de finales del siglo XVI y que es paralelo a la pérdida de hegemonía portuguesa en el tráfico con las Indias Orientales, primero a manos de los holandeses (1ª mitad del XVII) y luego de los ingleses, que sustituyen a aquéllos en la 2ª mitad del siglo, aunque otras potencias como Francia y, algo menos, Dinamarca, les hacen la competencia, sobre todo en la zona del Golfo de Guinea (conocida por “costa de los esclavos”) o el Congo, mientras que la zona de Angola continuará bajo monopolio fundamentalmente portugués. La propia debilidad de la Monarquía Hispánica hizo que el asiento se concediera cada vez más a potencias extranjeras (y enemigas) como Holanda e Inglaterra; el propio asiento era motivo de discusiones en los tratados internacionales de paz. El caso es que comerciantes de diversos países, apoyados por sus respectivos Estados (que más de una vez conceden privilegios y monopolios a las compañías negreras) van a instalar factorías y fuertes tanto en la costa occidental de África como en la oriental, para dedicarse a un comercio que, dado el ascenso en la demanda de esclavos provocado por el crecimiento de las economías de plantación en el siglo XVII, se estaba convirtiendo en cada vez más lucrativo. El siglo XVIII marcará el apogeo de este tráfico, su etapa *clásica*.

Para entonces se ha consolidado una estructura económica de indudable importancia para la naciente economía mercantil y capitalista de Europa y que es una buena muestra de la división internacional del trabajo que suponía la integración en esa nueva economía-mundo: me refiero al denominado *tráfico o comercio triangular*. Muchos navíos, en campañas que duraban de ocho meses a un año y medio o más, cubrirán la ruta Europa-Africa-América, comprando y vendiendo diversos productos en cada zona económica: Europa produce fundamentalmente productos manufacturados que se venden en África a cambio de esclavos (telas bastas, cuentas de cristal, abalorios —en algunos puntos de Europa surgen talleres y empresas con el solo objeto de aprovisionar de chucherías al tráfico negrero—, armas, herramientas, licores, etc., aunque también se utilizaba el oro o algún tipo de moneda local, como los cauris, unas conchas procedentes de la costa oriental), manufacturas que también sirven para aprovisionar a las colonias americanas; los esclavos africanos son llevados a esas colonias y vendidos allí a cambio de esos productos exóticos fruto de las plantaciones. Estos productos son, a su vez, reexpedidos a Europa, donde se venden con grandes beneficios, en principio como artículos de lujo o semilujo para las clases acomodadas, aunque con el tiempo

irán *democratizándose* y haciéndose de consumo más común, algo a lo que no fue ajeno la baratura de la mano de obra con que, cada vez en mayores cantidades, eran producidos. Veamos este conocido texto de **Voltaire**, extraído de su novela *Cándido*:

Cuando se acercaba a la ciudad, encontraron a un negro tumbado en el suelo, con sólo la mitad de su ropa, es decir, unos calzones de tela azul; a este pobre hombre le faltaban la pierna izquierda y la mano derecha.

- *Oh, Dios mío –le dijo Cándido en holandés– ¿qué haces ahí, amigo mío, en ese estado tan lamentable en que te veo?*

- *Espero a mi amo, el señor Vanderdendur, el conocido comerciante –respondió el negro.*

- *¿Es el señor Vanderdendur el que te ha tratado así? –dijo Cándido.*

- *Sí, señor –dijo el negro–, es la costumbre. Se nos da un calzón de tela por toda vestimenta dos veces al año. Cuando trabajamos en los ingenios azucareros y la rueda nos arranca un dedo, nos cortan la mano; cuando nos queremos fugar, nos cortan una pierna: yo he pasado por las dos situaciones. A este precio tomáis vosotros el azúcar en Europa.*

Voltaire, *Cándido*, cap. XIX.

Todo lo que, por otra parte, no impedía que el propio **Voltaire** fuera accionista de una compañía de comercio entre cuyas actividades se hallaba la trata negrera.

Las descripciones que se ofrecen de los viajes negreros son bastante parecidas entre sí, sobre todo las de la etapa *clásica*. El velero, muchas veces aparejado específicamente para este tráfico, es decir, para contener el número máximo posible de esclavos, zarpaba del puerto europeo de origen (que bien podía ser Lisboa, Amsterdam, Liverpool o Nantes, conocidos puertos negreros, aunque había más...) y se encaminaba hacia las costas africanas, principalmente hacia el Golfo de Guinea (aunque con el tiempo y el agotamiento humano de ciertas zonas, los negreros fueron cada vez más al sur y a la costa este, donde Zanzíbar se convirtió en un importante punto del comercio de esclavos, sobre todo en el siglo XIX). Se dirigían a las factorías (las feitorias de los portugueses) que, a lo largo de la costa, servían de puntos de intercambio entre los estados indígenas y los comerciantes de las diferentes nacionalidades europeas. Normalmente, los negreros europeos no participaban directamente en la captura, que solía dejarse en manos de bandas y de algunos estados africanos, en general costeros, que crecieron o se organizaron en torno al negocio

de la trata (por ejemplo, reinos dahomeyanos como el de los ashanti, o el de Abomé, en el que el rey detentaba el monopolio de la venta de esclavos), de tal forma que las capturas se hacían muchas veces muy al interior, a cientos de kilómetros de donde se realizaba el intercambio previo al viaje naval: los esclavos, conducidos en caravanas, podían haber pasado antes por las manos de numerosos intermediarios. A veces, los barcos tenían que recalar en más de una factoría para conseguir un número de esclavos suficiente; en las factorías o junto a ellas solía haber recintos más o menos amplios donde se llevaba y encerraba a los esclavos que iban llegando y donde se realizaban verdaderas *ferias* de esclavos. Los esclavos eran examinados por el comerciante y sus ayudantes y se vendían por separado o por lotes de tres o más; una *pieza de Indias* se le llamaba a un hombre negro, ni demasiado joven ni demasiado viejo (15-25 años), en buen estado, los más apreciados para el trabajo esclavo; dos niños de 3 a 7 años formaban una pieza; tres de 8 a 15, dos piezas; una madre y su hijo, una pieza... Luego venía la travesía, que podía durar una media de dos meses, y durante la cual los negros iban hacinados y ahorrrojados en la bodega unos junto a otros como sardinas en lata (a veces los navíos se llenaban en demasía, y así se conocen casos en que barcos con una capacidad para 450 esclavos llegaban a albergar hasta 600). Las condiciones de alimentación e higiene no eran, como puede suponerse, demasiado buenas, así que no es de extrañar que se diera una mortalidad muy elevada durante las travesías, al menos de un 10%; aun así, el precio de venta de los esclavos compensaba las pérdidas. Durante el siglo XVIII se nota, sin embargo, que la mortalidad durante los viajes descenderá leve y lentamente, quizás por causa del ascenso de los precios de los esclavos que se dio a lo largo de todo el siglo. Durante el XIX, sin embargo, el efecto de las diversas medidas abolicionistas fue que la trata se convirtió en una actividad clandestina y, por tanto, menos segura, lo que probablemente aumentó la mortalidad y la sordidez de los viajes; dado que ciertas naciones ejercían el derecho a inspeccionar y capturar las naves sospechosas de participar en la trata, algunos capitanes no dudaban en arrojar la carga al mar antes de ser capturados. Veamos esta gráfica descripción que hace el padre **Sandoval**, jesuita dedicado a la conversión de los esclavos que llegaban a Cartagena de Indias a principios del siglo XVII:

Cautivos estos negros con la justicia que Dios sabe, los echan luego en prisiones asperissimas... Juntos pues y cautivos, y si es en Angola, los suelen llevar, porque no se huyan, a la isla que diximos de Loanda, donde estan seguros hasta que embarquen: y si son de los rios de Guinea, en lugar de la isla, assegaran sus piezas o armazones, con aprisionarlos a todos con unas cadenas muy largas, que se llaman

corrientes, y con otras crueles invenciones de prisiones, de las cuales no salen en tierra, ni en mar, hasta que se desembarquen en alguna parte adonde los llevan. Y como en la isla de Loanda pasan tanto trabajo, y en las cadenas aberrojados tanta miseria y desventura y el mal tratamiento de comida, bebida y pasadia, es tan malo y dales tanta tristeza y melancolia, juntandoseles la viva y cierta persuasion que traen de que en llegando han de sacar azeite dellos o comerselos, que vienen a morir desto el tercio en la navegacion, que dura mas de dos meses; tan apretados, tan asquerosos y tan maltratados, que me certifican los mesmos que los traen que vienen de seis en seis con argollas por los cuellos en las corrientes, y estos mesmos de dos en dos con grillos en los pies, de modo que de pies a cabeza vienen aprisionados; debaxo de cubierta, cerrados por de fuera, do no ven sol ni luna, que no ay Español que se atreva a poner la cabeza en el escotillón sin almadarse, ni a perseverar dentro una ora sin riesgo de grave enfermedad. Tanta es la hediondez, apretura y miseria de aquel lugar. Y el refugio y consuelo que en el tienen, es comer de veinte y quatro a veinte y quatro horas, no mas que una mediana escudilla de harina de maiz o de mijo, o millo crudo, que es como arroz entre nosotros; y con el un pequeño jarro de agua, y no otra cosa; sino mucho palo, mucho azote y malas palabras.

Alonso de Sandoval, De Instauranda Aethiopia Salute,
Sevilla 1627, libro I, cap. XVIII.

Al llegar a los puertos de destino (Portobelo, Kingston, Santo Domingo, Puerto Príncipe, La Habana, Nueva Orleans, Bahía...), tras la consabida cuarentena (durante la cual se intentaba acicalar y curar a los esclavos, para así mejor venderlos) venía el momento de la venta, cosa que se hacía en el mismo barco o en recintos empalizadas en tierra, semejantes a los que se utilizaban en Africa para la venta al negrero. A continuación el nuevo dueño trasladaba a los esclavos hasta su lugar de trabajo que, como hemos dicho, a partir sobre todo del siglo XVII, será la plantación, cuyo máximo ejemplo es la de azúcar, donde se necesitaba gran cantidad de mano de obra para diversas tareas como desbrozar y labrar, cosechar, así como para llevar adelante la primera transformación de la caña en azúcar, cosa que se hacía en factorías que se hallaban en la misma plantación y que se denominaban trapiches, ingenios o engenhos. El trabajo era muy duro y la esperanza media de vida, por lo menos hasta el siglo XVIII, oscilaba entre los 7 y los 10 años, con lo cual podemos entender la expresión que antes he utilizado al referirme a

Africa como espacio destinado a la reproducción de la mano de obra; a la alta mortalidad hay que añadir otros factores como la baja tasa de natalidad, los efectos del cimarronaje y las rebeliones; era fama que a un hacendado le salía más barato comprar un nuevo esclavo que cuidar o curar a otro. Sólo con la abolición de la trata y, por tanto, con la rarificación de los cargamentos de esclavos, parece que se mejoraron algo los cuidados a los esclavos, al tiempo que se incentivaba con mayor fuerza que antes la reproducción de las esclavas, creándose verdaderos criaderos en estados como Virginia.

Digamos que ésta es una descripción pasiva de la trata, donde el esclavo, el indígena africano se ve como objeto de la acción y no como sujeto. Es una manera de relatar las cosas. También hay otra, y es contar la historia de la resistencia a la trata y a las consecuencias de la esclavitud, sobre todo en lo que se refiere al trabajo forzado. El negro no fue sumiso, no se dejó esclavizar: muchas veces la resistencia comenzaba en el mismo momento de la captura, incluso mientras se les trasladaba a los barcos; parece que los intentos de huida eran continuos mientras se avistaba la costa. Las rebeliones a bordo eran muy comunes, como hemos señalado, pero las más de las veces no tenían éxito, aún en el caso de que llegaran a triunfar, por la incapacidad de los esclavos para manejar el barco. Lo más común era que fracasaran en el intento, dado que los tripulantes de los barcos negreros solían ir preparados para tal eventualidad. Pero, una vez llegaban a América, la lucha contra la esclavitud proseguía: de forma pasiva, trabajando con indolencia, suicidándose (en Cuba, entre los negros, corrió la leyenda de que quien moría resucitaba posteriormente en Africa, y muchos esclavos se suicidaron con esa esperanza; los amos tuvieron que tomar medidas como mutilar o castrar a los cadáveres para desanimar a los posibles suicidas). O bien de forma activa, es decir, rebelándose in situ (movimientos que solían ser ahogados en sangre); para muestra, he aquí un texto revelador sobre la organización de un alzamiento de esclavos en los Estados Unidos:

Querido amigo: El gran secreto mantenido durante tanto tiempo con los de nuestro color está tocando a su fin aunque algunos aquí, en la Ciudad, lo han contado, pero de una manera tan poco seria que no les creyeron, hemos conseguido quinientas Escopetas, todo el plomo necesario pero poca pólvora, espero que habrás recogido una buena cantidad de pólvora y balas y que estarás a punto para dar el golpe y atacar en cualquier momento que se te llame y que no será difícil encontrarte; no falta mucho para que esto empiece, y estoy plenamente convencido de que en pocas semanas nos haremos con gran parte del país; desde la última vez que te escribí recibí una carta de nuestro

amigo de Charleston que me dice que tiene alistados casi seis mil hombres, un caballero dice que nos dará toda la pólvora que necesitemos, que cuando empecemos nos ayudará todo lo que pueda, las patrullas de estos condenados brutos vigilan en Richmond toda la noche, pero pronto los mataremos a todos, porque no son muchos, quedaremos en una noche para empezar a disparar, los mataremos a todos ante nosotros, empezaremos así una noche en todas las ciudades. Estáte a punto para recibir órdenes, cuando sepa algo nuevo de Charleston me enteraré y te lo escribiré, este que te entrega la carta es un buen amigo y no dejes que nadie la vea, contéstame por el mismo modo, me la dará él mismo de propia mano; vendrá la semana próxima; no tengas miedo, ten coraje, lucha como un valiente y conseguirás la libertad, estuve a punto de que me [cogieran] pero Dios estaba conmigo y me escapé, nada más por ahora pero queda tu amigo - Conjurado Richmond a conjurado Norfolk.

(**carta entre esclavos**, Yorktown, Vi., 1793,
curiosa porque estaba prohibido enseñar a escribir a los negros
esclavos, así como hacer uso del correo)

Lo más común dentro de la gama de la resistencia activa fue, sin embargo, la huida: así surge la figura del negro cimarrón, que vuelve a la selva o sube a la montaña lejos del yugo del blanco, y que se dedica al robo y al pillaje. Esto ha dado lugar a toda una mitología; los negros cimarrones, más de una vez forman comunidades o pueblos perdidos y alejados de los blancos, tales como los quilombos (Brasil), palenques (Caribe), cumbes (Colombia), algunos de los cuales alcanzaron dimensiones muy importantes y duraron largo tiempo (con algunos de la Guayana holandesa las autoridades coloniales tuvieron que llegar a acuerdos permanentes). Se crearon así culturas sincréticas, con aportaciones de las distintas etnias africanas que constituían la población (aunque en ocasiones se pueden ver pautas hegemónicas) y también, a veces, mezcladas con influencias amerindias. Por la unión de varios quilombos llegó a constituirse un estado: el reino (o república, según el autor que escriba sobre ello) de Palmares, en el Brasil, que fue independiente a lo largo de casi todo el siglo XVII y que sólo pudo ser destruido en 1697 por un ejército colonial de 10.000 hombres. O ahí está también el ejemplo de la revolución haitiana (1796-1802), una revolución de esclavos contra sus amos y colonizadores, que dio lugar a la segunda independencia de una colonia americana y a la primera república negra del mundo.

¿Cuáles fueron las consecuencias de todo este movimiento forzoso de poblaciones? Evidentemente, fueron distintas en cada extremo del viaje.

COMENZANDO POR EUROPA:

- * No cabe duda de que el tráfico de esclavos formó parte del proceso expansionista que algunas potencias líderes del continente europeo llevaron a cabo durante la edad moderna y que puso las bases de la hegemonía posterior de Occidente en los siglos XIX y XX. El tráfico de esclavos proporcionó a algunos comerciantes la oportunidad de hacerse ricos y acumular capitales y cimentó (junto a otros tráficos, por supuesto) la prosperidad de ciertos puertos y de sus ciudades, algunas de las cuales ya hemos mencionado.
- * Por otra parte, indirectamente, la trata, al ofrecer mano de obra muy barata y *renovable*, facilitó el cultivo de ciertos productos que, si bien no fueron de vital importancia para el desarrollo europeo, enriquecieron su mesa y fomentaron esa expansión del comercio antes señalada.
- * El aporte que esto, sobre todo como *acumulación primitiva del capital* pudo suponer a la hora de poner en marcha ese proceso que denominamos Revolución Industrial y que hizo *despegar* económicamente a Europa por encima del resto de las civilizaciones, es muy difícil de evaluar y es motivo de recurrente polémica entre los especialistas, sobre todo desde que refinadas investigaciones han puesto de manifiesto los escasos beneficios que en realidad las colonias aportaron, en la Edad Moderna, a sus metrópolis; o no han encontrado una relación tan estrecha entre los capitales negreros o mercantiles y las primeras inversiones en la industria. Sin embargo, pese a que no podamos magnificar su participación, no hay duda de que una de las bases del crecimiento europeo se puede atribuir a la trata, aunque no sea más que teniendo en cuenta cómo se benefició de la baratura del algodón sureño, que la propia industrialización fomentó.

EN CUANTO A AMÉRICA, LAS CUESTIONES SON DE OTRO ORDEN:

- * La trata incluyó a América más, si cabe, en la nueva economía-mundo capitalista. La posibilidad de la trata hizo factible las economías de plantación, uno de los más importantes factores de la dependencia de esta periferia respecto al centro representado primero por una Europa colonial y más tarde por unos Estados Unidos que no le han ido a la zaga a ésta.
- * Y la trata, por supuesto, ha sido una de las bases tanto del mestizaje social y cultural de las diferentes Américas como de la formación allí de auténticas sociedades negras o afroamericanas, que recogen, en mayor o menor medida, las diversas herencias africanas de los esclavos.

LAS CONSECUENCIAS EN AFRICA FUERON TAMBIÉN DIVERSAS:

- * La primera y más inmediata, es la sangría demográfica que supuso. El baile de cifras que he esbozado al principio, incluso tomando las más bajas

como las buenas, es impresionante, sobre todo teniendo en cuenta que la población africana hacia el siglo XVI se estima en 87.000.000 de personas². La punción que esto supuso sobre la población africana fue mayor de lo que las cifras indican, pues hay que tener en cuenta que, aunque se llevaron más hombres que mujeres, los esclavos eran sobre todo gentes en edad de procrear (entre 15 y 25), los elementos más activos, creativos y dinámicos de sus sociedades, no sólo en el plano demográfico³. Las tasas de crecimiento demográfico africanas, de hecho, fueron sensiblemente más bajas que las de los otros continentes hasta el siglo XIX. El que los antiabolucionistas esgrimieran en su defensa el denso poblamiento de las zonas costeras no sería más que una pista falsa: hubo sociedades y estados africanos que prosperaron gracias a la trata, mientras que muchas veces las capturas, organizadas, no lo olvidemos, por los propios africanos, debieron de dejar verdaderos desiertos demográficos, sobre todo en el interior. Las consecuencias para la economía que todo esto tuvo, aunque pueden ser exageradas, fueron importantes: hay quien habla de un auténtico frenazo del desarrollo africano.

* La desestructuración e incluso destrucción de sociedades enteras, bien porque fueron afectadas directamente por las capturas, bien porque se vieron impelidas a huir y a emigrar, provocando verdaderos desplazamientos masivos de población con los problemas que esto conlleva. Pero también provocó cambios de otra índole, pues hubo reinos y estados que basaron sus economías y su organización política y militar en el tráfico de esclavos (así, por ejemplo, los reinos dahomeyanos). La ingerencia e influencia europeas sobre las sociedades africanas no se puede subestimar, cosa fácil de hacer si nos fijamos únicamente en las estrechas franjas de territorio que controlaban desde sus fuertes y factorías; para muchos estudiosos la verdadera intervención no llegó hasta la colonización del XIX, lo que es, a todas luces, un lugar común falso. Los europeos fomentaron las divisiones políticas, participaron en la política palaciega de los estados africanos, empujaron a la guerra a unos contra otros, fuente segura de esclavos; el ejemplo del reino del Congo, prontamente cristianizado por los portugueses, con sus luchas intestinas y su desmembramiento, es suficientemente ilustrativo. Un debilitamiento, pues, que tendrá consecuencias a largo plazo.

Abolición y emancipación

Desde finales del siglo XVIII y durante el siglo XIX diversas leyes fueron aboliendo, en los diferentes países europeos y herederos de las potencias europeas, primero la trata de esclavos y luego la esclavitud misma, normalmente con algunos años de diferencia entre ambas y siempre en ese orden, lo que no deja de ser significativo.

Por una parte, hay que tener en cuenta que las ideas antiesclavistas habían tomado mucha fuerza, entre la intelectualidad sobre todo, a lo largo del Siglo de las Luces. Las raíces del antiesclavismo se pueden rastrear antes, bien es cierto. El cristianismo y la Iglesia, en teoría, llevaban muchos siglos condenando la esclavitud, pero habían aprendido al mismo tiempo a convivir con ella. Uno de los logros de la época feudal, tan inundada por lo religioso, había sido el progresivo eclipse, por lo menos en lo que a los cristianos se refiere, de la institución de la esclavitud que, no lo olvidemos, cambia de denominación por aquel entonces. La discusión sobre el derecho a esclavizar los indios de las Américas tuvo lugar en el ámbito eclesiástico. Parece que sucesivos Papas emitieron condenas globales de la esclavitud y hubo gentes de la Iglesia que se distinguieron por su lucha contra ésta, como **San Pedro Claver**. Sin embargo, como en anteriores tiempos, la Iglesia católica pudo convivir con la esclavitud, la toleró y en algunos casos la sancionó. El padre **Sandoval**, preocupado a principios del siglo XVII por la licitud de la trata, recibió esta contestación a sus dudas por parte de los jesuitas de Angola:

A lo que le respondo que me parece no devia tener Vuestra Reverencia escrúpulo en esto. Porque esto [la trata] es cosa que la mesa de la conciencia en Lisboa nunca reprehendió, siendo hombres doctos y de buenas conciencias. Demas que los Obispos que estuvieron en S. Thome, Cabo Verde y en esta Loanda nunca lo reprehendieron. Y nosotros estamos aqui ha cuarenta años, y estuvieron aqui Padres muy doctos, y en la Provincial del Brasil donde siempre hubo Padres de nuestra Religión eminentes en letras, nunca tuvieron este trato por illicito: y assi nosotros, y los Padres del Brasil compramos estos esclavos para nuestro servicio sin escrupulo ninguno. Y digo mas, que quanto alguien podia escusar de tener escrupulos, son los moradores de essas partes, porque como los mercaderes que llevan estos Negros, los llevan con buena fe, muy bien pueden comprar a tales mercaderes sin escrupulo ninguno, y los pueden vender, porque es comun opinion, que el poseedor de la cosa con buena fe, la puede vender y se la puede comprar...

Alonso de Sandoval,

De Instauranda Aethiopum Salute, Sevilla 1627, libro I, cap. XVII.

Pero fue en el siglo XVIII, con la Ilustración, cuando estas ideas fueron surgiendo con más fuerza y se fueron estructurando, como no podía ser de otra manera en un ambiente en que se veneraban conceptos como el derecho natural, la libertad individual, la igualdad entre los hombres, etc. Se formaron, en Francia por ejemplo, sociedades abolicionistas y se redactaron infor-

mes que mostraban los horrores de la trata y del trabajo esclavo. En este siglo, sobre todo en los países anglosajones creció también una fuerte oposición, de raigambre religiosa, a la trata y la esclavitud, sobre todo en la secta protestante de los cuáqueros. Desde finales del siglo XVIII e impulsadas por activistas del abolicionismo como **Wilberforce**, varias mociones contra la trata fueron presentadas en el Parlamento inglés, aunque la abolición de la trata inglesa no se consiguió hasta la ley de 1807. Ya antes la Convención francesa, en plena euforia revolucionaria, había abolido la esclavitud en las colonias, aunque esta medida fue revocada por **Napoleón** en 1802 ⁴.

Sin embargo, aunque los ideales antiesclavistas y las vicisitudes políticas que los acompañaron fueron clave en el proceso, no se puede olvidar otra serie de factores, sobre todo si tenemos en cuenta que, pese a todo, abolición y emancipación fueron procesos que se dieron casi siempre en distintos momentos. Esos otros factores son económicos. Los líderes de esta medida y quienes más presionaron (incluso militarmente...) a favor de ella fueron los ingleses (1807); parece ser que todo esto pudo venir impulsado, según **Eric Williams**, aparte de por las presiones humanitaristas, por el deseo de perjudicar a las otras colonias basadas en economías de plantación, principalmente azucareras, como podían ser la francesa de Santo Domingo, la española de Cuba (*recién llegada* en el XVIII a la economía azucarera) o la portuguesa de Brasil, y que estaban haciendo una competencia cada vez mayor, con precios más bajos, a las colonias azucareras inglesas; el abolir la trata podía ser una manera de cortocircuitar esas economías, sobre todo a partir de los tratados de mutua vigilancia que acabaron firmando Gran Bretaña, Francia, España y Portugal. A pesar de esto, la trata negrera se mantuvo clandestinamente en el Atlántico hasta por lo menos finales del siglo XIX: el hecho de que la esclavitud perviviera hacía necesaria la continuación de la trata, aunque de una manera mucho menos abierta, lo que probablemente empeoró las condiciones del tráfico.

La emancipación (como la llaman los ingleses) o abolición de la esclavitud fue más tardía que la de la trata: ya vimos la marcha atrás dada por los franceses, que no volvieron a promulgarla hasta 1848. Los primeros, de nuevo, fueron los ingleses en 1833; los franceses en 1848, los holandeses en 1862, los norteamericanos en 1865, los españoles en 1871, los brasileños (definitivamente) en 1888... El problema, pese a las presiones humanitarias, era que, dejando a un lado la contraofensiva de los poseedores de esclavos, dentro de la mentalidad racionalista, ilustrada y liberal que se había elevado a lo más alto del pensamiento occidental en el siglo XIX, los derechos de propiedad ocupaban un lugar preponderante; los esclavos eran, inequívocamente, parte de la propiedad de sus dueños, y no se les podía despojar de ellos así como

así. Por eso, la emancipación fue más tardía y hubo más resistencias a ella; de hecho en la mayoría de los países se dieron indemnizaciones a los antiguos amos. Por otra parte, hay que tener en cuenta que en un mundo cada vez más dominado por la industrialización, la mercantilización de todas las cosas y la mano de obra asalariada, la esclavitud suponía un anacronismo porque, como demuestran todos los estudios económicos que la comparan con el trabajo asalariado, aunque podía reportar grandes beneficios a los que la usaban, resultaba poco productiva. Entre paréntesis, añadiremos que la rentabilidad no va reñida con la falta de productividad, con lo que la opción esclavista puede ser perfectamente lógica desde el punto de vista económico individual. El occidente capitalista, industrial y (pronto) imperialista va a necesitar cada vez más de materias primas que se obtendrán con mejores resultados gracias a la explotación de mano de obra asalariada; necesitará más mercados y por lo tanto más compradores, cosa que malamente podían ser quienes no eran dueños ni de sí mismos; necesitará, en fin, de justificaciones a la hora de llevar adelante, sobre todo desde mediados del siglo XIX, su labor colonizadora en Africa: Europa va a llevar allí la civilización, a sacar a los africanos de la barbarie, lo que se compaginaba mal con el mantenimiento del esclavismo.

La Guerra de Secesión norteamericana se nos ha hecho ver como la máxima expresión de guerra por unos ideales, los de la emancipación, y aunque una de sus consecuencias fue sin duda la liberación de los esclavos y aunque era un motivo de encendido debate en la época anterior a la guerra, hay mucho de mito justificativo en esa versión de las causas de la guerra: lo que se ventiló allí fue la lucha entre dos economías y dos modelos de estado, el del Norte, industrial, proteccionista, democrático, y el del Sur, agrícola, latifundista, liberal en lo económico y aristocrático; la cuestión de la esclavitud fue un tema más, hábilmente utilizado por los propagandistas nordistas; no hay que olvidar que el propio **Lincoln** antepuso el tema de la unidad de la nación al de la esclavitud en más de una ocasión, y sólo cuando el conflicto fue inevitable decretó la emancipación de los negros. El Norte, que será el motor de todo el crecimiento económico estadounidense, el impulsor de la conquista del Oeste y la región que llevará, ya a finales del siglo XIX, a los Estados Unidos al liderato industrial del mundo, iba a necesitar pronto mano de obra barata para llevar adelante el citado movimiento ascendente.

Esclavitud y racismo

Tampoco aquí pretendemos decir nada nuevo, tan sólo queremos señalar otra de las herencias que ha dejado la trata atlántica en el mundo de hoy: el racismo hacia el negro, especialmente visible en lugares como los Estados Unidos

de América, pero no limitado a aquel país. Deseamos tratar esta cuestión como colofón a este artículo, enlazando con el que más adelante se puede leer sobre **Malcolm X** y **Biko**.

Cuando los portugueses llegaron a Africa no parece que haya atisbos de racismo en las descripciones de los pueblos que fueron encontrando al recorrer la costa, y sí, sin embargo, mucha curiosidad e incluso admiración. Pero es curioso que la trata de esclavos con destino hacia los penosos trabajos que les esperaban en el Nuevo Mundo se cebara en los negros africanos y no fueran utilizados en mayor escala, como sucedió a veces, pordioseros o convictos de los que abundaban en la Europa Moderna; hay que creer que no estaba bien vista la esclavización de europeos. Sin embargo el tráfico y la esclavitud eran algo visiblemente terrible y necesitado, por lo tanto, de algún tipo de justificación. La “explicación”, en principio, parece más religiosa que estrictamente racial, aunque a la larga ambas vayan mezclándose y solapándose. Y aquí hay que establecer una clara diferencia con respecto a los indios, que en contraste con los negros consiguieron librarse de la esclavitud como institución, aunque no por ello dejaron de pasarlo mal. Los indios americanos, de quienes no se sabía nada antes de la Conquista, podían quedar fuera de la institución de la esclavitud debido a que por su mismo aislamiento no podían conocer la palabra de Dios, pero no ocurría lo mismo con los negros, que a fin de cuentas procedían del Viejo Mundo, habían estado constantemente en contacto con las prédicas de los seguidores de Cristo y sin embargo seguían sumidos en el error; aún peor, muchos de ellos habían abrazado el islam, como bien pudieron comprobar los portugueses durante sus tratos con ciertos pueblos africanos. A la hora de buscar una justificación fue muy socorrido, por otra parte, recurrir a la interpretación que tradicionalmente se había dado al pasaje del Génesis en que **Noé** castiga a su hijo **Cam** a que sus descendientes se conviertan en servidores de los descendientes de sus otros dos hijos **Sem** y **Jafet**; la identificación de los hijos de **Cam** con el pueblo negro y con Africa hizo el resto.

Por otra parte hay que tener en cuenta el papel que los esclavos iban a cumplir en las sociedades para las que trabajaron: las tareas más bajas, más sucias, más fatigosas, menos especializadas y además sin ningún tipo de independencia ni de capacidad decisoria, lo que les convertía, y más gracias a la diferencia bien visible en el color de la piel y (no lo olvidemos) al tradicional desdén hacia el trabajo manual en las susodichas sociedades, en el estrato más bajo de la sociedad y, por lo tanto, en el más despreciable.

El mestizaje fue muy rápido y muy amplio en ciertas zonas: en lugares como Cuba, Brasil, Santo Domingo los mestizos son claramente la mayoría de la población, mientras que los blancos o negros puros constituyen grupos mucho más pequeños. Este mestizaje ha producido formas culturales híbridas

profundamente originales que se reflejan en creencias, ritos, músicas, danzas, sistemas de pensamiento específicos. La desproporción entre los sexos, la inmigración hispanoportuguesa y la propia trata hizo inevitable el mestizaje, con todo lo que ello implica.

El mestizaje fue mucho menor en otros lugares como los Estados Unidos. Hay que tener en cuenta que el tipo de colonización fue muy distinto al de los españoles. Estos eran hombres de armas y fueron a América a conquistar, en busca de las riquezas tradicionales (el oro, la plata), a convertirse en señores de la tierra y de los habitantes que allí vivían (es decir, señores en el más feudal sentido de la palabra) y, por lo tanto, reprodujeron o intentaron reproducir el modelo de relaciones sociales que conocían, el de la Castilla de la Reconquista. Los ingleses que emigraron al Norte de América a partir sobre todo del siglo XVII, iban, sin embargo, a unas tierras en principio menos ricas y con la intención de formar una sociedad nueva, distinta (muchos de ellos eran disidentes religiosos), más libre e igualitaria; partieron con sus familias y no tuvieron por qué mezclarse ni por qué subyugar a las poblaciones autóctonas (les bastaba con arrebatarles, cada vez más, la tierra): era una sociedad distinta pero, por supuesto, blanca.

En este contexto, el prejuicio contra el negro, que, como hemos visto, pudo tener un origen religioso y “laboral”, fue derivando hacia lo racial. Los alegatos a favor de la inferioridad intrínseca del negro se fueron haciendo cada vez más frecuentes en el siglo XVIII, a medida que arreciaba el antiesclavismo, ideología que se ha consolidado, como dijimos, sobre todo a partir de ese siglo; los proesclavistas buscaron nuevos y variados argumentos para poderlos utilizar en sus opúsculos, diatribas y discusiones. Paradójicamente en ayuda de estas corrientes vino el desarrollo que las Ciencias Naturales tuvieron en la época de la Ilustración, pues dentro del contexto del afán por clasificar a los seres vivos entró, como no podía ser menos, el género humano, dentro del cual los estudiosos empezaron a distinguir razas, grupos unidos por una serie de características fisiológicas y morales comunes y peculiares. De esta concepción racialista de los seres humanos, dominante hasta muy avanzado el siglo XIX e incluso el XX, al racismo, como puede suponerse, no hay más que un paso, y más teniendo en cuenta el contexto en que pudo desarrollarse éste en América respecto a los negros, a quienes se había arrancado de su tierra, se les había quitado el nombre, la lengua, la religión, y se les había robado la historia.

De hecho, si a esto unimos el tipo de colonización que propugnaban y realizaron los “peregrinos”, podemos comprender cómo en los Estados Unidos la población negra sigue siendo una minoría perfectamente separada (aunque no homogénea), incapaz en general de salir de una situación de miseria más

o menos generalizada, que realiza los trabajos más sucios y denigrados, y aún con menos posibilidades, por ejemplo, que otras minorías como la chicana o la oriental de escalar puestos (como grupo) en la pirámide social. El racismo y las medidas discriminatorias contra los negros surgen y se fortalecen en Norteamérica sobre todo a partir del avance de los movimientos emancipatorios y de la abolición de la esclavitud⁵; el mismo contexto de las ideas ilustradas dará pie, como hemos dicho, a las formulaciones biológicas y científicas en las que acabará basándose el racismo.

En las sociedades centro y sudamericanas, sobre todo en aquellas en las que mayor impacto tuvo la traída forzosa de esclavos, las cosas fueron y son algo distintas, aunque compartan con los Estados Unidos el desprecio por el trabajo servil de los esclavos, que existió en algunos lugares hasta más tarde que en los USA. El obligado mestizaje, como dijimos, puede ser una de las razones: en estos lugares han surgido formas culturales sincréticas en las que tuvieron parte muy importante, aunque el elemento europeo fuera a veces dominante, los aportes negroafricanos y/o amerindios. Todo esto lo podemos percibir en lugares como Cuba o Brasil, por poner los ejemplos más evidentes. Pero no quiere decir, sin embargo, que la armonía reine y el prejuicio haya desaparecido: el hecho de que en los Estados Unidos haya sido históricamente más evidente y la comunidad negra haya tenido que luchar con dureza para ir arrancando a la población blanca, poco a poco, parcelas de derechos civiles, no quiere decir que en América Latina esté todo resuelto en este sentido. Aún hoy es difícil imaginar a un negro o mulato como presidente de Brasil o Santo Domingo, donde la clase dirigente, las élites siguen estando compuestas mayoritariamente de blancos; incluso en un país socialista como se dice Cuba es difícil encontrar a negros en puestos de alta responsabilidad; a este respecto no puede ser más significativo el contraste a este respecto entre Haití, donde una revolución llevó al poder a los negros (1796-1802), y Santo Domingo, la otra mitad de la isla, donde el gobierno y la mayoría de la élite sigue estando compuesta de criollos y blancos.

Notas

1. Según Inikori, en total las pérdidas de población en Africa debidas a la trata entre 1500 y 1870, contabilizando la trata oriental y la transahariana, sumarían en total alrededor de 19.000.000 de esclavos.
2. **1600**= 113.000.000; **1700**= 107.000.000; **1750**= 104.000.000; **1800**= 102.000.000; **1850**= 102.000.000; **1900**= 138.000.000. Los cálculos, aunque aproximativos, son bastante elocuentes, sobre todo teniendo en cuenta que en las mismas fechas, en mayor o menor grado, las poblaciones de los restantes continentes crecieron.
3. Según cálculos de Inikori sobre datos aportados por Curtin, teniendo en cuenta las pautas de reproducción de los negros llevados a Norteamérica entre 1700 y 1810 (si las tasas hubieran sido un 50 por ciento más bajas), los posibles 19 millones de esclavos llevados entre 1500 y 1870 hubieran podido producir una población suplementaria de 99.420.000 alrededor de 1870.
4. La trata fue abolida definitivamente, en Estados Unidos en 1808-1812, en Francia en 1827, en España en 1837, en Portugal en 1839, en Brasil en 1850; para 1860 la trata "oficial" había desaparecido en el Atlántico.
5. El racismo ha sido utilizado, por otra parte, como medio para impedir la formación de una clase obrera fuerte y reivindicativa, sobre todo a partir de la emigración de los negros del Sur hacia las ciudades industriales del Norte, sobre todo en el siglo XX, cfr. Marvin Harris.

Bibliografía

Aparte de la bibliografía histórica más usual, he decidido incluir dos obras de ficción entre los títulos para quienes busquen un acercamiento más "lúdico" al tema, aunque no por ello les falte rigor. Me refiero, por una parte, al comic de **Bourgeon** *Los pasajeros del viento* (especialmente sus volúmenes 3, 4 y 5) y, por otra, a la novela de **Unsworth** *Hambre sagrada*, que reflejan perfectamente las vicisitudes del comercio triangular.

Roger T. Anstey (1968), "Capitalism and Slavery: a Critique", *Economic History Review*, s.s., XXI, 2, 307-320.

Herbert Aptheker (1978), *Las revueltas de los esclavos negros americanos*, Madrid.

Etienne Balibar e Immanuel Wallerstein (1988), *Raza, nación y clase*, Madrid.

François Bourgeon (1986-88), *Los pasajeros del viento*, Barcelona, 5 vol.

Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli (1979), *Historia económica de América Latina*, Barcelona, 2 vol.

Alfred W. Crosby (1988), *Imperialismo ecológico*, Barcelona.

François Crouzet, ed. (1972), *Capital Formation in the Industrial Revolution*, Londres.

- Alejandro Dabat** (1994), *Capitalismo mundial y capitalismo nacionales I. La transición europea al capitalismo, el mercantilismo y el primer sistema colonial*, México
- David Ellis** (1993), "Europeans and the Rise and Fall of African Slavery in the Americas: An Interpretation", *The American Historical Review*, 98 vol., 5, 1399-1423.
- André Gunder Frank** (1979), *La acumulación mundial, 1492-1789*, Madrid.
- Eduardo Galeano** (1990), *Las venas abiertas de América latina*, Madrid.
- Ferrán Iniesta** (1992), *El planeta negro. Aproximación histórica a las culturas africanas*, Madrid.
- Robert W. July** (1980), *A History of the African People*, New York.
- Joseph Ki-Zerbo** (1980), *Historia del Africa Negra*, Madrid, 2 vol.
- Herbert S. Klein** (1986), *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Madrid.
- Massimo Livi- Bacci** (1990), *Historia mínima de la población mundial*, Barcelona.
- Maurice Lengelle** (1976), *L' esclavage*, París 4.
- Pierre Leon**, ed. (1978), *Historia económica y social del mundo*, Madrid, 6 vol.
- Paul E. Lovejoy** (1982), "The volume of Atlantic Slave Trade: A Synthesis", *Journal of African History*, 23. vol., 473-501.
- Luz María Martínez Montiel** (1992), *Negros en América*, Madrid.
- Jean Meyer** (1989), *Esclavos y Negreros*, Madrid.
- Giorgio Mori** (1987), *La revolución industrial*, Barcelona.
- Pedro Pérez Herrero** (1992), *América latina y el colonialismo europeo. Siglos XVI-XVIII*, Madrid.
- William D. Phillips** (1989), *La esclavitud desde la época romana hasta los inicios del comercio transatlántico*, Madrid.
- Johannes M. Postma** (1990), *The Dutch in the Atlantic Slave Trade, 1600-1815*, Cambridge.
- Walter Rodney** (1974), *How Europe Underdeveloped Africa*, Washington.
- Alonso de Sandoval** (1987), *Un tratado sobre la esclavitud*, Madrid.
- Luis de Sebastián** (1992), *Mundo rico, mundo pobre*, Santander.
- Francisco Solano y Agustín Guimerá**, eds. (1990), *Esclavitud y derechos humanos. La lucha por la Libertad del negro en el siglo XIX*, Madrid.
- Francisco Solano**, coord. (1986), *Estudios sobre la abolición de la esclavitud*, Madrid.

Barbara L. Solow y Stanley L. Engerman, eds. (1987), *British Capitalism and Caribbean Slavery. The Legacy of Eric Williams*, Cambridge.

UNESCO (1981), *La trata negrera del siglo XV al XIX*, Barcelona.

Barry Unsworth (1994), *Hambre sagrada*, Barcelona.

Immanuel Wallerstein (1979), *El moderno sistema mundial I: La agricultura y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*, Madrid.

Immanuel Wallerstein (1984), *El moderno sistema mundial II: El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750*, Madrid.

Michel Wieviorka (1992), *El espacio del racismo*, Barcelona.